

se quiere colocar por encima del sabio de Aténas? Lo consideraban como un mal necesario. De esto, á huir de él, no hay más que un paso. Los Romanos hubieran caído en la inmoralidad por el celibato, aun cuando no hubiera habido Griegos. Solamente que su corrupción hubiera sido más brutal. No tratamos de negar que la literatura que se dirige á las masas, el teatro, no haya sido una escuela de corrupción. ¿Pero debe acusarse por ello á la Grecia? No hay obra literaria que deba acomodarse tanto al gusto del público como la comedia: es, pues, probable que cuando el teatro es inmoral los espectadores buscan este detestable alimento. Los Romanos no veían en las representaciones teatrales más que un pasatiempo; les sucedió más de una vez abandonar el espectáculo para ir á entretenerse con acróbatas ó gladiadores. Faltábales por completo el sentimiento del arte. Cuando se cansaron de guerrear quisieron gozar, y los goces que preferían eran los más groseros. Tal es la verdadera causa de la desmoralización romana. Las letras no corrompen al hombre que tiene verdadero culto por el arte. Aun en Roma ejercieron una favorable influencia sobre las inteligencias bien cultivadas. Y en cuanto á las masas, si acabaron por no desear más que el pan y los juegos, ¿hemos también de achacarlo á la Grecia? El contacto de los Romanos y de los Griegos fué un beneficio para el género humano; aun hoy vivimos de la civilización greco-latina. Esas letras que son el pan de vida de nuestra inteligencia, ¿habían de haber sido para Roma un veneno que matase el sentido moral? Necesitaríamos, para creerlo, testimonios más seguros que los lamentos de los hombres del pasado.

§ V. — Roma y el Oriente.

N.º 1. — Consideraciones generales.

La guerra de Roma con la Macedonia llamó la atención de la Europa y del Asia (1). Cuando los reyes vieron al último sucesor

(1) LIV., XLII, 29: «Non urbs tantum Roma, nec terra Italia, sed omnes reges

de Alejandro arrastrado en triunfo, se sintieron sobrecogidos de un inexplicable terror; comprendieron que su reinado había pasado y que no conservarían alguna apariencia de poder más que con el permiso de Roma. Todos ellos se apresuraron á prosternarse ante el Senado. Eumenes y sus dos hermanos enviaron una embajada para cumplimentar á los Romanos. El hijo de Masinissa, encargado por su padre de la misma misión, supo distinguirse entre la multitud de aduladores. Recordó los auxilios que su padre había suministrado durante la guerra en soldados y en trigo: «Pero, añadió, dos cosas le habían admirado: la primera, que el Senado le hubiese pedido por medio de sus embajadores auxilios que tenía derecho á exigir, y la segunda que le hubiese enviado el precio del trigo suministrado. Masinissa no había olvidado que debía su corona al pueblo romano: contento con el usufructo, sabía bien que la propiedad era de los donantes. La justicia exigía, pues, que los Romanos tomasen, sin pedir ni pagar, los productos de un territorio dado por ellos. En cuanto á Masinissa tenía y tendría siempre bastante con lo que le dejasen los Romanos» (1). La sumisión absoluta á la voluntad de Roma que el hijo de Masinissa hizo de palabra, otro rey la manifestó por actos y ofreció uno de los espectáculos más innobles de que la historia hace mención. Prusias se presentó delante de los embajadores romanos con la cabeza afeitada, con el traje, el calzado y el gorro de un liberto: al saludarlos dijo: «Héme aquí, liberto vuestro, sin más deseos que los vuestros.» Este miserable príncipe creyó deber ir á Roma para cumplimentar al Senado y á los generales por la caída de Perseo. Se detuvo en el umbral de la curia y se prosternó llamando á los senadores sus dioses salvadores. Su discurso fué digno de su aspecto; *Polibio* dice que la vergüenza le impide contarlo. No lo juzgaron así los Romanos; el historiador griego añade que la respuesta del Senado fué tan benigna como degradante había sido la conducta de Prusias (2). El nieto de Masinissa (3), un rey de

civitatesque, quæ in Europa, quæque in Asia erant, converterant animos in curam macedonici ac romani belli.»

(1) LIV., XLV, 13 (traducción de NISARD).

(2) POLYB., XXX, 16.

(3) SALLUST., *Jug.*, c. 14.—Adherbal dijo al Senado: «Senadores, Micipsa, mi

los Númeritas, aliado de Yugurta, los reyes de Siria y de Capadocia (1) renovaron estas escenas de baja adulacion; rivalizaron en abyeccion. Si se quiere presenciar el espectáculo de la bajeza en su bello ideal, dice un historiador alemán, es menester ver hacer antesala á los príncipes (2). ¿Eran dignos semejantes reyes de ceñir la corona? ¿No hubieran sido más felices los pueblos bajo la dominacion directa de los Romanos? Al ménos no hubieran tenido que pagar los gastos de adulacion de sus señores.

Dirijamos una mirada al mundo oriental; veamos cuál era la política interior de aquellos esclavos de Roma; cuál su derecho de gentes.

N.º 2. — *El Asia.*

En la desmembracion de la monarquía macedónica, el Asia, desde el mar Egeo hasta el Indo tocó á Seleuco Nicator. La decadencia de esta vasta monarquía empezó ya bajo su primer sucesor. Los Selencidas fueron más bien los herederos de Darío que los de Alejandro. Aquellos pobres príncipes ocultaban su debilidad bajo los más pomposos títulos; hacíanse llamar *dios, el vencedor, el rayo, el grande, el ilustre* (3). ¡Qué contraste entre los títulos y las acciones! Antíoco, *el dios*, no fué célebre más que por sus desenfrenos (4). Seleuco, *el victorioso*, precipitó la ruina del imperio. Seleuco, *el rayo*, solamente es conocido por el sobrenombre. Antíoco no mereció ser llamado *el grande* ni por sus acciones ni por su carácter. Solamente su ambicion era grande; queria contener las invasiones del poder romano que, «semejante á un inmenso incendio, se extendia cada vez más, devorándolo todo» (5). Pero su genio no estaba á la altura del papel que que-

padre, me mandó al morir que considerase el reino de Numidia como un poder que me habia sido delegado, quedando el derecho y el imperio en vuestras manos (*Jus et imperium penes vos esse*).

(1) SALLUST., c. 104.—LIV., XLII, 6, 19.—POLYB., XXXI, 14, 15. C. XXX, 17, 15.

(2) MOMMSEN, t. I, p. 755.

(3) MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. 5.—MICHELET, *Historia romana*, II, 6.

(4) ATHEN., *Deipnos*, X, 51.

(5) LIV., XXXVII, 25.

ria desempeñar. El destino le envió á Aníbal. Le hizo una magnífica recepcion, y, al parecer, aprobó sus proyectos; levantar la Grecia y la Macedonia, despertar el odio nacional de Cartago, alimentar la insurreccion de España, armar así el Oriente y el Occidente contra el pueblo que amenazaba subyugar al mundo entero. El plan era gigantesco; para ejecutarlo hubiera sido preciso un Aníbal en lugar de un Antíoco. El gran rey se trasladó á la Grecia para hacer un llamamiento á la libertad; despues, olvidándose de Roma y de la guerra se enamoró á la edad de cincuenta años de una jóven de Calcis, y pasó el invierno entregado á los placeres (1). Semejante enemigo no era digno de luchar con Roma; una vez vencido firmó el tratado más infame, segun *Montesquieu*, que ha firmado jamas príncipe alguno. Dícese que Antíoco dió las gracias á sus vencedores, por haberle descargado del cuidado de gobernar un imperio demasiado vasto!

Los sucesores de Antíoco no tuvieron más poder que el que Roma quiso dejarles. Un Seleucida figuró en el famoso círculo de Popilio. Habia aún algo más vergonzoso que ceder á la voluntad de los Romanos, y era el ir á humillarse ante ellos. Los embajadores del rey sirio declararon «que su señor habia preferido á la victoria una paz que parecia desear el Senado, y que habia obedecido á las intimaciones de los enviados romanos como á una orden emanada de los dioses» (2). ¡Y este rey se calificaba de *Ilustre!* Efectivamente fué famoso por la extravagancia de su conducta. La vara de Popilio parecia haberle trasformado en ciudadano romano. Recorria las calles públicas como un candidato romano, vestido con la toga, apretando las manos á los unos, abrazando á los otros, pidiéndoles su voto para el cargo de tribuno ó el de edil; sentábase despues en una silla curul y juzgaba con grande entusiasmo las causas civiles y comerciales. Estos actos de locura merecen el sobrenombre de *Epimanes (insensato)* que le da Polibio, más bien que el de *Epiphanes* (3).

Antíoco el *Ilustre* era tan cruel como desenfrenado. El gran

(1) LIV., XXXVI, 11.—POLYB., XX, 8.

(2) IBID., XLV, 12, 13.

(3) POLYB., XXVI, 10.—DIODORO refiere aún otras extravagancias de este rey *ilustre* (*Fragm.*, XXX, 16).

rey hizo la guerra á los Judíos como déspota oriental; saqueó á Jerusalen y despojó hasta el templo que habia prometido respetar; hizo construir en él un altar en el que se sacrificasen cerdos, para insultar en sus creencias á los vencidos; obligó á los Judíos á que abandonasen el culto de sus padres. A aquellos que permanecieron fieles á su fe se los crucificó y se les desgarró el cuerpo á latigazos. Se colgó y se estranguló cerca de ellos á sus mujeres y á los hijos que estaban circuncidados (1). Estas crueldades fueron las que provocaron la heroica insurreccion de los Macabeos y la libertad del pueblo judío.

La historia de los últimos Seleucidas puede resumirse en pocas palabras: discordias, parricidios y desenfrenos. El mejor de estos miserables príncipes fué el que pasó su vida divirtiéndose en compañía de histriones, bufones y prestidigitadores: la ocupacion más seria de Antíoco el Cyziceno era hacer mover por medio de cuerdas animales plateados y dorados de cinco codos de altura (2) ¡Hé aquí á lo que habian venido á parar los sucesores de Alejandro! Esto no era decadencia política, era decrepitud moral.

Los reinos formados de los restos del imperio de los Seleucidas presentan el mismo espectáculo. *Polibio* acusa al rey Prusias de locura: tan pronto hacía suntuosos sacrificios en los templos como los despojaba de sus estatuas y de sus ornamentos (3). *Attalo* empezó por mancharse con la muerte de sus amigos y el suplicio de sus parientes; despues se puso los vestidos en desórden, se dejó crecer la barba y los cabellos á la manera de los acusados, no salió ya, desterró de su palacio la alegría y los festines, como si por medio de su demencia quisiese vengar los manes de sus víctimas. Despues, abandonando la administracion de su reino, se hizo jardinero: sembraba al mismo tiempo plantas saludables y plantas nocivas, y enviaba á sus amigos esta mezcla envenenada como un presente de una rareza singular. En verdad que semejante rey no podia hacer cosa mejor que legar su reino al pueblo romano (4).

(1) JOSEPH., *Antiq. Jud.*, XII, 5, 3, 4.

(2) DIODOR., *Fragm.*, XXXIV, 34.

(3) POLYB., XXXII, 25, 1-8.

(4) JUSTIN., XXXVI, 4.

Los Romanos mismos parecian preocuparse poco de apoderarse del imperio de los Seleucidas, sea porque no habia ya nada que coger, ó porque juzgaron más seguro dejar á los sucesores de Seleuco el destruirse unos á otros. No redujeron al Asia á provincia hasta el fin de la última guerra con Mitrídates. Hayan sidó los que se quiera los abusos de la conquista, al ménos el Asia no presentó ya el espectáculo degradante que habia ofrecido bajo los últimos reyes griegos. Incorporada al inmenso imperio de Roma, gozó de los beneficios de la paz y de una administracion que, aunque opresiva, no era, sin embargo, insensata.

La conquista de la Grecia inició á Roma en la vida intelectual. En cuanto al Asia griega habia olvidado hacía ya mucho tiempo toda actividad en el seno del lujo y de la molicie; los Romanos experimentaron, como todos los conquistadores, la accion funesta de este contagio moral. « El ejército de Asia, dice *Tito Livio*, fué quien introdujo en la ciudad los lechos con adornos de bronce, los preciosos tapices, los velos y tejidos finos de hilo, aquellos muebles que se consideraban entónces como muy elegantes. En aquella época se presentaron en los festines mujeres que cantaban y tocaban el arpa y farsantes para divertir á los convidados; se puso más esmero y magnificencia en los preparativos mismos de los festines; los cocineros, que no eran para nuestros abuelos más que los últimos y ménos útiles de sus esclavos, empezaron á ser muy caros, y su vil oficio pasó por un arte. Y, sin embargo, todas estas innovaciones apénas eran un gérmen del lujo del porvenir » (1). ¿Es esto decir que debemos imputar al Asia la corrupcion romana, la caida de la república y la vergonzosa decadencia del Imperio? La conquista del Asia no fué más que la ocasion, no fué la causa de la degradacion moral que hace de los últimos siglos de Roma el espectáculo más desconsolador de la historia. Encontrarémos el principio de la desmoralizacion que acompañó á la muerte del mundo antiguo en el carácter de la raza romana y en los vicios del estado social. Si el Asia apresuró la ruina de la antigüedad, en cambio encerraba los gérmenes de la regeneracion del mundo. En ese Oriente, que al

(1) LIV., XXXIX, 6.—PLIN., *Hist. Nat.*, XXXIII, 53.

parecer estaba abandonado por completo á un grosero materialismo, vivía una nacion esencialmente teológica. Miétras que el universo romano no pensaba más que en olvidar la vida en los gozes de los sentidos, los Judíos no se ocupaban más que en un solo pensamiento, el de su salvacion. De su seno surgirá una religion espiritualista que por una violenta reaccion hará reinar el ascetismo más exagerado en las mismas comarcas que habian sido manchadas por el desenfreno. Gracias á la reunion de los pueblos bajo una misma dominacion, el cristianismo pasará rápidamente del Asia á las otras partes del mundo y regenerará la humanidad.

N.º 3. — *El Egipto.*

Despues de la conquista de la Grecia y del Asia no quedaba del imperio de Alejandro más que el Egipto. Los Tolomeos, lo mismo que los Seleucidas, se distinguian por su crueldad, por su bajeza, por su imbecilidad, por sus espantosas liviandades (1). La muerte y el incesto eran la vida comun y corriente de la familia real. La decadencia comenzó desde la segunda generacion. El hijo del fundador de la dinastía, apellidado por los Egipcios *Philadelpho*, dirigió sangrientas persecuciones contra sus parientes. Se sospecha que Tolomeo *Philopator* envenenó á su padre; era capaz de todos los crímenes: su madre y su hermano perecieron por su mandato (2). Como siempre, la crueldad acompañaba al desenfreno. Tolomeo *Philopator*, dice *Plutarco*, estaba corrompido por el amor á las mujeres y al vino, hasta tal punto, que aún en sus momentos de sobriedad y de razon pasaba el tiempo en celebrar fiestas, en correr por su palacio tocando el tambor para reunir sus gentes, miétras que abandonaba los negocios más importantes á sus queridas y á los cómplices de sus placeres (3).

El hijo de *Philopator* tomó el título de *Epiphane* (Ilustre); fué

(1) Apreciamos aquí á los Tolomeos y á los Seleucidas bajo el punto de vista moral; en otra parte les hemos hecho justicia como *sucesores de Alejandro*, es decir, como propagadores del helenismo (véase el tomo II, p. 261, 324).

(2) POLYB., V, 34, 1; V, 36, 1; XIV, 2.

(3) PLUTARCH., *Agis y Cleom.*, 33, 35.—JUSTIN., XXX, 1.

ilustre como gran cazador (1). Otro Tolomeo, motejado por sus súbditos con el nombre de *Physcon* (Panzudo), se habia dado el sobrenombre de *Evergete* (Bienhechor); los Egipcios le sustituyeron por el de *Kakergete* (Malhechor). Sus crímenes son casi fabulosos: era un mónstruo lo mismo en lo moral que en lo físico (2). Llamado al trono á la muerte de su hermano, empezó por matar á todos los partidarios del hijo del rey difunto; en seguida lo mató él mismo en los brazos de su madre y se casó con ella (3). Entregó el Egipto á los furiosos de una soldadesca extranjera é hizo correr arroyos de sangre. Por temor de que los Egipcios no proclamasen rey á su hijo mayor lo degolló. Habiendo derribado el pueblo sus estatuas y roto sus imágenes, pensó Tolomeo que se le hacía esta injuria por agrandar á su hermana: mató al hijo que habia tenido de ella, hizo desgarrar sus miembros, los colocó en una cesta y los envió á la madre el mismo dia en que celebraba el aniversario del nacimiento de su hijo (4). A estos reyes monstruos suceden príncipes farsantes. Hubo un rey tocador de flauta (*Aulètes*); su desordenada pasion por la música fué la más bella de sus cualidades; sus vicios le hicieron objeto del desprecio general (5).

Estos reyes, que se manchaban con toda clase de crímenes, con todos los desenfrenos en el gobierno de su reino, se portaban en la guerra como enemigos sanguinarios. Un Tolomeo mandó á sus soldados que matasen mujeres y niños, que los cortasen en pedazos y que los arrojasen en calderas de agua hirviendo: ésta era una astucia de guerra para llenar de terror á los Judíos, haciéndoles creer que los Egipcios comian carne humana! (6).

Un rey de Egipto instituyó al pueblo romano heredero de su reino. ¿Era ésta una invencion del Senado? No necesita Roma, á los ojos de la humanidad, de semejante pretexto para excusar su

(1) POLYB., XXIII, 1, 9.

(2) HEEREN, *Geschichte der Staaten des Alterthums*, p. 309.

(3) JUSTIN., XXXVIII, 8. Repudió en seguida á su hermana, violó á la hija de esta hermana y se casó con ella (IBID.).

(4) JUSTIN., XXXVIII, 8.—VALER. MAXIM., IX, 2, ext. 5.

(5) ATHEN., *Deipnos.*, V, 39.—PLUTARCH., *De Adulat. et Amic.*, c. 12.

(6) JOSEPH., *Antiq.*, XIII, 12, 6.

usurpacion. Los sucesores de Ramses estaban á merced de una especie de guardia pretoriana que nombraba y separaba los ministros y los reyes. Para mantenerse en el trono estos despreciables príncipes se veian obligados á comprar el apoyo de la aristocracia romana. Se exigieron por la fuerza al pueblo sumas fabulosas en provecho de los oligarcas del Senado; Auletes, por su parte, les distribuyó más de cien millones. ¿Para qué servian aquellos fantasmas de monarcas, cuyo menor crimen era envilecer la monarquía (1), y que acabaron por degradar al pueblo mismo? Cruelos en las contiendas civiles, los Egipcios se mostraron cobardes ante el enemigo. Es verdad que los favoritos de Tolomeo Philopator eran dignos del ódio y del desprecio general; pero la venganza popular igualó en atrocidad á los crímenes que se les echaban en cara. La matanza empezó por uno de los cortesanos de Agatocles; en cuanto la multitud gustó de la muerte (2) su furor no tuvo ya límites. Agatocles, sus parientes, sus amigos, las concubinas del rey fueron entregados á aquellos hombres sanguinarios: unos les arrancaron los ojos, otros les mordieron, los más humanos los mataron: despues se encarnizaron con los cadáveres y los desgarraron como si quisieran justificar la reputacion de crueldad del pueblo egipcio (3). La Grecia y el Asia al ménos lucharon por su libertad; los Egipcios sucumbieron sin gloria. Habian salido de Alejandría para combatir á los Romanos; dada la órden para que se rodease todo el campamento de fosos y empalizadas, todo el ejército exclama que el Tesoro público debia pagar obreros que lo hiciesen (4). ¿Merecia la independéncia un pueblo que negaba hasta el servicio de sus brazos para defender la patria?

Los Egipcios habian vivido aislados bajo los Faraones. La conquista de los Persas y de los Griegos causó una completa revolu-

(1) ESTRABON (XVII, p. 528) dice que Augusto libró al Egipto de la vergüenza de reyes borrachos.

(2) POLYB., XV, 33, 5.

(3) Δεινὴ γὰρ αὖτις ἡ παρά τοῦ θυμοῦ ὀμότης γίνεταί τῶν παρὰ τὴν Αἴγυπτον ἀνθρώπων. POLYB., XV, 33, 10.— Como consecuencia de esta falta de humanidad, fueron declarados los Egipcios incapaces de desempeñar una magistratura en el Imperio romano. Esta incapacidad subsistió áun despues de la Constitucion de Caracalla (*Spanhem., Orb. Rom., Exerc. I, 13*).

(4) VAL. MAX., IX, I, exter. 6.—C. JUSTIN., XX, 1.

cion en su existencia; arrancados repentinamente de sus costumbres, sufrieron la suerte reservada á los pueblos cuyos legisladores han permanecido alejados del comercio de las demas naciones; lo mismo que los Espartanos y los Judíos, degeneraron rápidamente cuando salieron de su aislamiento secular para mezclarse con la humanidad. Desde la fundacion de Alejandría, el Egipto fué el centro del comercio del universo; las religiones del Oriente y la filosofia de los Griegos se encontraron allí con las tradiciones de la sabiduría egipcia; al mismo tiempo la industria desarrolló una actividad febril. De ahí una mezela singular de movimiento comercial é intelectual, espectáculo que á un mismo tiempo atraía y repugnaba: «No hay en ese país, decia el emperador Adriano, ningun jefe de sinagoga judía, ningun samaritano, ningun sacerdote cristiano, que no sea matemático, arúspice ó charlatan..... Es una raza de hombres extremadamente sediciosa, versatil y propensa á la injuria; su capital es rica y opulenta, todo abunda en ella, y nadie permanece ocioso..... Los ciegos tienen allí su género de trabajo; los que padecen de gota en los piés tienen el suyo; áun los que la tienen en las manos no viven sin hacer nada.... Solamente sería de desear que las costumbres fuesen mejores» (1). Es menester elevarse por encima de este aparente desórden, y en la confusion de las doctrinas y de los intereses se percibirá, como lo hemos dicho en otra parte (2), la alianza providencial de las religiones del Oriente y de la filosofia griega, que preparó el camino al cristianismo y favoreció su desarrollo.

§ VI.—Roma y los Bárbaros.

N.º 1. — La España.

La España era poco conocida ántes de la conquista de los Romanos. Solamente en el siglo sexto de nuestra era, un logógrafo

(1) La carta ha sido conservada por FLAV. VOPISCUS en la vida de los *Cuatro Tiranos*, c. 8.

(2) Véanse los tomos I y II de mis *Estudios*.